

do con aquel cinismo desvergonzado, Su Alteza (que tenía metida la mano en el bolsillo derecho de su americana) me hubiese saltado la tapa de los sesos con la mayor tranquilidad. ¡Había leído en sus ojos, fijos en mí, que *era preciso no saber nada de la batalla Invisible!*...

## VII

## COME Y BEBE, PERO PIENSA EN DIOS

**D**ESPUÉS de esto, y a un signo del príncipe, mi guardián me condujo a la celda. Quise interrogar a Fritz para conocer sus impresiones, pero me contestó que en una materia tan delicada era difícil opinar, y dándome las buenas noches se retiró.

Como es natural, me fué imposible conciliar el sueño. Esperaba no haber estado del todo torpe.

Serían las diez de la mañana cuando regresó Fritz, quien sin decir palabra me puso una venda en los ojos. ¡Santo Dios! ¿Iban a conducirme al pelotón de ejecución? Esta idea me sorprendió tan ruda y desagradablemente que mis piernas flaquearon, lo que visto por Fritz y pensando quizá que se vería obligado a cargar conmigo, se dignó tranquilizarme.

—Están muy contentos de usted, señor Herbert—me dijo—, y en adelante será usted tratado como el más precioso de los amigos. ¡El *herr* almirante no puede pasar sin usted y vamos a reunirnos con él!

De lo que resultó otro paseo en cierto *auto* cerrado como una prisión con ruedas, en compañía de Fritz, un canasto de embutidos y media docena de botellas de champaña. ¡En aquel cuchitril comíamos, fumábamos y dormíamos!

De tiempo en tiempo, Fritz me hace salir a la carretera después de ponerme la venda en los ojos, y para distraerse dispara su revólver sobre los árboles... Coloquio con el *chauffeur*... Palabras incomprensibles... ¡Sí!, unas sílabas que se repiten, pero rápidamente. ¿Son las últimas de la palabra Wilhemshaven o de la de Cuxhaven? ¿De qué *haven*, de qué puerto hablan?

Por fin llegamos a una gran ciudad muy fortificada y defendida, a juzgar por la cantidad de consignas y santo y señas que hay que dar.

—Señor Herbert—me dice Fritz, después de ponerme nuevamente la venda—, el almirante está de más en más satisfecho de usted y me encarga que se lo diga. ¡Fijese, le invita a su mesal! Es el mayor honor que puede concederle. Permítame usted que le conduzca.

Marchamos durante algún tiempo. El aire fresco y marino (tenía gusto de sal en mi lengua) me hacía bien. Sin embargo, no estaba del todo tranquilizado, pues en las palabras de Fritz no había hallado muchos motivos de satisfacción. La idea de que el *herr* almirante no podía pasarse sin mí no me entusiasmaba mucho.

Franqueamos muchas puertas, después de cambiar santo y señas y nuevas consignas. Debía estar en un arsenal. Oí el ruido producido por las culatas del fusil de los centinelas. Se me hizo bajar una escalera; sentí bajo mis pies una plancha que cedió a mi peso. Mis pies posáronse luego sobre algo muy resistente, descendí otra escalera, muy estrecha ésta, y luego, por la atmósfera caliente, deduje que me hallaba en una habitación cerrada. ¿En qué clase de local me había invitado a comer el almirante? No podía ser en un buque, pues hubiéramos necesitado de alguna canoa o chalupa que nos hubiera conducido al castillo.

De pronto oí un ruido harto conocido: un ruido de *water ballast que se llenaba*... ¡Eterno tormento de mi vida!... ¡Me hallaba de nuevo a bordo de un submarino!... y esta vez a bordo de un submarino alemán. ¡Al quitarme la ven-

da me pude convencer de mi desgracia! Estaba en un camarote, pero tan pequeño, tan pequeño, que con dificultad podía tenerme derecho. Era más bien una división, en la que había el espacio estricto de una litera para que pudiera tender mi cuerpo encogido.

¡Ah! ¡Y qué lejos estaba mi cuartito del *Vengador* y el lavabo y el armario de luna y la cómoda de nogal pulido, en la que con tanto cuidado arreglaba Buldeo mis pantalones!...

¿Me había escapado del buque maldito, pero confortable, para venir a vivir en aquella lata de sardinas?

Se encendió una lámpara eléctrica, apareciendo el molesto rostro de Fritz por la entreabierta puerta.

Sin duda se dió cuenta de mi poca satisfacción, pues se apresuró a decirme:

—¡No se queje! ¡Un camarote para usted solo, cuando le hubieran podido meter en el dormitorio común con una simple hamaca! Decididamente, el almirante le tiene a usted en la mayor estima... Dentro de poco vamos a comer. ¿Tiene usted hambre?

—Hace un momento sí tenía—le contesté—; pero tengo la sensación de que me será imposible tomar el menor alimento si no me dice usted lo que hemos venido a hacer aquí y lo que esperan de mí...

—Salimos de expedición—me contestó sin rodeos—en uno de los mejores sumergibles de nuestra flota de guerra. Y no crea usted, pertenece al último modelo construido... En cuanto a la expedición, no tiene por qué quejarse, ya que la manda en persona el almirante von Treischke y dirigida nada menos que contra el *Vengador*.

¡No podía haber noticia que tanto me confortara y excitara mi apetito! ¡Contra el *Vengador*! ¡Contra el *Vengador*! ¡Vamos a combatir con el *Vengador*! ¡Pero aquello significaba nuestra muerte por adelantado!... y, la verdad, no pude por menos de sonreír con una macabra expresión. Fritz me dió un amistoso golpe en la espalda.

—Con nosotros y con un hombre como usted, ya verá cómo todo irá bien...—me dijo, mientras me conducía por la crujía.

Según parece, nos encontramos ya en el mar del Norte y debemos desconfiar de las redes... Los ingleses las han colocado en gran cantidad. ¡Palabra de honor! Parece como si quisieran pescarnos con red. ¡Quién me había de decir a mí que existirían gentes cuya principal ocupación consistiría en tratar de pescarme a mí, un neutral, con redes especiales y a sesenta pies bajo el nivel del mar!...

—¡Herr Fritz! ¡Herr Fritz! ¡Las redes deben ser muy peligrosas!...

—¡Peligrosísimas! ¡Cuando le envuelven a uno, es muy difícil salir! Pero, de todas maneras, hay probabilidades de escapar, por lo menos una vez sobre cien, ¿no es verdad, herr comandante?

El teniente me presentó al comandante herr Wenniger, quien me saludó amablemente, luego de colocar el libro de a bordo en el cajón de su mesita corrediza (pasábamos ante una cabina cuya puerta estaba entreabierta). El herr comandante Wenniger era conocidísimo por haber torpedeado el vapor francés *Gravelines*, y mucho más conocido aún por haber conseguido desenredar su *U-17* (el sumergible que mandaba entonces) de las redes de un navío británico en el curso de un *raid* a las costas inglesas.

Me rogó que tomara asiento a su lado e hizo traer (órdenes dadas por teléfono) tres *cocktails* helados (estos marinos alemanes no le hacen ascos, a pesar de lo que digan, a las bebidas inglesas); me felicitó de navegar en su compañía para una expedición tan peligrosa (se está muy cómodamente sentado en su buhardilla, pues hay que inclinar la espalda). Con gran satisfacción me anunció que la barrera más temible de redes se había ya pasado, dejado muy atrás, no habiendo ya peligro. Los fondos eran ahora profundos y libres de obstáculos; se podía navegar con la brújula, con el giróscopo y con la sonda durante dos horas,

pasadas las cuales se sacará la nariz a la superficie para ver lo que pasa en el antiquísimo reino de la humanidad... ¡Navegación deliciosa, encantadora y llena de angustias! ¡El herr Wenniger creíase retrotraído, según me decía, con todas aquellas historias de inmersiones e incesantes trabajos, a las benditas horas de su tierna infancia, «cuando jugaba al escondite»!

Flores en la mesa sobre el blanco mantel, en los rincones de la cámara del comandante. Honor al almirante, que entra y que saluda con un ¡*Guten Morgen!* muy insinuante. Von Treischke me presenta como un evadido del *Vengador*, como un hombre serio con el que se puede contar y que sabe conservar su sangre fría en las circunstancias más difíciles. En fin, una andanada de elogios que no me impresionan... Desde que he tocado el fondo de la desesperación y el del mar del Norte y sé que corremos a una muerte cierta, empujados por la extravagante pretensión que tienen de comerse al *Vengador*, cuando éste no tiene ni para un diente con el maldito *U...*, ya nada me impresiona...

Mientras tanto, la comida es abundante y bien rociada con champaña; todo el mundo está contento. Nunca había visto sonreír al Terror de Flandes, y aseguro que es un espectáculo. ¡Sonríe a su sueño imposible!

—¡Veo —dije con tranquilidad— que nos vamos a divertir un poco en el fondo del mar!...

Tuve un gran éxito con mis palabras, y se brindó invocando la protección de Dios; el mismo almirante recitó la máxima de Lutero: *Trink und iss, Gott nich vergiss...* (Bebe y come, pero piensa en Dios.)

Había allí cuatro oficiales superiores que eran célebres por más de un título, y que antes de descender a los abismos de herr Neptuno (para hablar como herr von Wenniger) habían mostrado de lo que eran capaces mandando corsarios sometidos al capricho del viejo Eolo... Sea que quisieran demostrarme que no eran unos advenedizos, sea que se dieran a la necesidad que sienten algunos en la so-

bremesa de una buena comida de relatar sus hechos famosos, el caso es que no me ahorraron los hermosos relatos guerreros, capaces de regocijar a las hienas y chacales.

¿Qué no debía ver y oír?... Aquella noche oí por vez primera la *risa boche*; pero no anticipemos... ¡Cada crimen en su lugar! ¡Al fin todo será pagado, esperémoslo así, Dios mío! ¡Y no lo olvides, madre de Dios! En el momento en que escribo estas líneas estáis con nosotros para el castigo de la bestia, como dice el capitán Hyx... ¡Y desde que bebieron su champaña ante mí y me hicieron oír sus brindis horribles, cuántos de ellos han desaparecido, barridos por el huracán de la cólera celeste!...

## VIII

## UNA SOMBRA VELADA

**E**STÁBAMOS en la peor estación, y ahora que mis aventuras han hecho de mí un consumado marino de las profundidades marinas, puedo afirmar que en la época de aquel maldito viaje se estaba mejor en el *fondo que en la superficie*, en especial cuando navegábamos en las latitudes altas y nos azotaba el viento no lejos de ciertas tierras que deben denominarse, si no me engaño, Islas Hébridas. En resumen, me pareció observar, mirando subrepticamente por un ventanillo cuando navegábamos en lastre, que aquellas rocas debían pertenecer a aquel grupo perdido en el Norte del mundo. Incluso tengo motivo para creer que nos comunicamos furtivamente con aquellas rocas; pero se arreglaron de manera para estorbarme en mis observaciones a ese respecto.

La vida a bordo no ofrecía nada de particular, para un hombre como yo, se entiende. Comíamos y bebíamos bien, sin privarnos de nada. Yo comía casi siempre con los oficiales de segunda categoría. Fritz seguía muy obsesivo. Una vez von Treischke quiso tantearme de nuevo respecto a las malditas islas Cies, y entrevi en el horizonte nuevas preguntas referentes a la *batalla invisible*; pero yo estaba en guardia y salió chasqueado.

Algunas veces subía al puente, pero hacía allí un frío de perros, hasta el punto de que el tubo de la pipa se pegaba en los labios, quedando uno instantáneamente convertido en pelele de hielo.

A pesar de eso, cuando tenía el derecho de subir al puente de mi cárcel marítima, usaba de él. Los aparatos telegráficos estaban helados, las lonas de la pasarela tenían la rigidez del hierro. Costaba ímprobos esfuerzos el dejar libre de hielo la puerta de la escotilla. Un hombre se dedicaba exclusivamente a esta labor, raspando y martilleando constantemente alrededor de la puerta, dejando deslizar a veces por la escotilla heladas mermeladas que iban a dar en la cara de aquellos señores que estaban debajo.

Una noche que fui a dar un corto paseo por el puente, me ocurrió lo que sigue: Acababa de oír la campana que anunciaba el cierre de las escotillas y me apresuré a bajar la escalera mientras resonaba la segunda campanada que ordenaba a los marinos abandonar los motores de aceite para poner en marcha los eléctricos, cuando no lejos de mí, y ya pasada la vibración de la segunda campanada, creí oír y reconocer *una voz de mujer*.

Avancé en dirección de la voz y, escondiéndome en el hueco de una puerta abierta, pude ver por un segundo la arrebujada silueta de una mujer... ¡Oh!, no tuve ni una sola duda. Todo mi ser gritó: *¡la dama velada!*

Afortunadamente, nadie me oyó, y por otra parte, aquel grito debió haber sido dado «en mí mismo».

Pasó rápidamente ante mí y desapareció; pero en el espacio hollado por su ligero paso, mi pie estuvo a punto de aplastar un objeto sobre el que me lancé, recogiéndolo.

Me apresuré a meterme en mi camarote y allí pude ver que tenía en mis manos una cadena de oro, rota por un extremo, de la que pendía un medallón. Lo abrí con intensa emoción, que llegó a su límite cuando vi la minúscula fotografía que contenía su interior: *¡estaba ante el retrato del capitán Hyx!*...

¡Así, pues, era ella! ¡La que creían muerta a fuerza de torturas! ¡Oh! *¡dama velada, dama velada...* tu vida es aún más misteriosa que tu muerte! ¿Por qué la escondes? ¿Por qué la ocultas, cuando revelándola podrías rescatar tantas otras vidas? ¿Y por qué la ocultan ellos?... *¿Y por qué les ayudas tú a ocultarla?* ¿Sabes, acaso, todo el bien que podrías hacer en el mundo de las profundidades submarinas diciendo tan sólo: *Estoy viva?*

Y ese monstruo que tanto puede temer de tu muerte ¿por qué no revela tu vida? *¿Qué misterio os liga a ambos para que os entendáis tan bien en dejar a Mrs. G... en lo hondo de una tumba?*

¿Y qué haces aquí?, si... *¿qué haces aquí?* ¡Pues bien!—me contesté de pronto—, es muy sencillo. ¡Puesto que von Treischke va al encuentro del capitán Hyx, le lleva su mujer para que éste le devuelva la suya! ¡Qué sencillo! Ya ves qué sencilla es la cosa, mi buen Herbert de Renich...

He aquí una deducción que contesta a todo, ¿no es verdad?, incluso a la pregunta para saber *por qué han hecho creer tanto tiempo en la muerte de esta mujer y por qué ella misma continúa en hacer creer en su muerte*, PRECISAMENTE CUANDO EL INTERÉS DE TODOS ESTÁ EN QUE ESTÉ VIVA...

¡Cuántas, cuántas preguntas le haría a la *dama velada* si quisiera escucharme! ¿Pero la volveré a encontrar? Noches y días navegando juntos en la misma cárcel, y es la primera vez que nuestras sombras se cruzan... ¡Con las cosas que podría decirle!... ¿Pero la volveré a ver?... ¡Así, pues, había una dama a bordo y yo nada sabía! Sin embargo, ella se pasea por las crujías de nuestro submarino con la misma libertad que por las calles de Renich, tan dueña de sus gestos y de sus palabras... *¡Ah, si quisiera hablar!* ¿Por qué no quiere hablar? Todo el misterio reside en eso.

Oigo pasos; llaman a la puerta; precipitadamente escondo la cadena y el medallón. Es ese querido Fritz, más molesto que nunca a causa de cierta sonrisita que no me

gusta nada. ¡Anda, Fritz, desembucha! ¿En qué puedo serte útil, buena pieza?

El teniente de navío, luego de cerrar la puerta, se sienta en un lado de mi litera y me dice con la mayor tranquilidad:

—Tengo que decirle algo respecto a un asunto de vida o muerte.

Le paro los pies en seguida, encogiéndome de hombros.

—¡Herr Fritz, ese lenguaje ya no es de efecto entre nosotros! ¡No soy un chicuelo a quien se le puede meter miedo! ¡Le advierto que mi vida corre tanto peligro como la suya, pues ya se encargará el capitán Hyx de ponernos de acuerdo en ese punto, esté usted seguro, y antes de que transcurra mucho tiempo! ¡Ahora, venga; le escucho a usted!

—Herr Herbert de Renich, ¿sabe usted que hay una dama a bordo?

—¡Ah!, de manera que... es verdad... hay una... ¿Pero qué dice usted? ¿Qué es lo que me dice?

—¡No se turbe usted, no se ruborice! Usted acaba de encontrarse con ella.

—¡Hum!... en efecto, yo me he encontrado con una sombra; pero le aseguro que era muy difícil darse cuenta...

—¡Basta, basta!... ¿Le sorprende a usted que haya una dama a bordo?

—¿A mí? ¡A mí no me sorprende nada, querido Fritz! Se lo juro a usted, ya nada me extraña. Ya podían tener a bordo cincuenta, cien damas, todas las damas que quieran, pues me sería por completo indiferente.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Lo que le he dicho ha sido inspirado en el buen deseo de evitarle algunos contratiempos durante la travesía... *motivados por esa su manía de las semejanzas*, y vengo tan sólo a advertirle que sería un bien para todos que vigilara usted esa manía... ¿Ha comprendido usted?

—¡Comprendido!

—¡Tanto mejor! Mucho gusto en saludarle, mi querido señor Renich!

Y se fué. Me teadí en mi litera, apreté mi frente entre mis manos y llamé a todos los recursos de mi inteligencia en mi ayuda para intentar comprender el enredo de tan increíble intriga. Daba vueltas y vueltas. De pronto oí un suspiro cerca de mí y me incorporé. Tenía ante mí, en mi cabina, a la *dama velada*, que me miraba con un dedo en los labios.

—¡Silencio, señor Herbert de Renich!...